

El cielo

Sabina Urraca

2.10. Heridas y llagas

Se unta la parte afectada con aceite de pardela. Es también
bueno para las llagas dárselas de lamer a un perro.

DOMINGO GARCÍA BARBUZANO,

Prácticas y creencias de una santiguadora canaria

Leí un cuento de Afanassiev, El vampiro, y me pregunté por
qué Marusia, que tenía miedo del vampiro, se obstinaba en
negar lo que había visto, aun sabiendo que denominarlo
significaba para ella la salvación.

MARINA TSVIETÁIEVA,

El poeta y el tiempo

¿Qué necesidad hay de diablo cuando basta la persona?

HENRI MICHAUX

Uno

Los cordones

La Perra empieza a sangrar. Deja lamparones rojos en el suelo del metro, en el sofá, motea el suelo de la casa. Empiezan a seguirla perros de todo el barrio. De otros barrios. Se le extravía la mirada. Dentro de ella, algo empieza a fermentar. No come. Bebe lo justo para sostener ese nervio vivo que la llevará, en un par de semanas, a ser otra distinta, a querer ser otra con otros, a querer ser muchos perros más.

En el blog Amo a mi mascota:

El sangrado de tu perrita durará un máximo de catorce días. En este tiempo, a pesar de que los machos empezarán a interesarse por ella, es probable que la perra aún no se muestre dispuesta.

Debajo del texto aparece la ilustración de una perra con ojos de cachorro inocente y un lazo rojo en la cabeza.

En el parque, junto al río, un señor con una furia de años se acerca mucho mucho a la cara de la Humana. Si la Humana fuese un hombre, la habría agarrado de la pechera. Pero no es. El señor lleva una chaqueta de cuero cuarteada y un gorro del Atleti lleno de bolitas. Le dice:

Mirabonita: si mi Mirko - le huele - el coño - a tu perra - y cruza la calle - y lo pilla un coche - y lo mata - la próxima vez que nos veamos no-va-a-ser-agradable-ya-me-entiendes.

El aliento del señor es el cuchillo de un bandido que ha estado partiendo ajos. Pero el peligro para el mundo no es él. Por lo visto el delito es la bicha loca, la criatura suelta, la Perra esparciendo feromonas. Soltando muerte coño abajo. La Humana pide perdón. Se disculpa y tiembla como en la guardería, después de haber robado un muñequito precioso, diminuto, de boca roja, después de haberse metido el muñequito primero en el bolsillo, luego en la boca, luego en el culo, para que no la pillaran, después de haber sido descubierta y obligada a sentarse en un orinal y no levantarse hasta que hubiese cagado el muñequito. Ahora tiene treintaidós. Le parece haber sido veinte distintas desde entonces, pero esta pequeñez repentina, el miedo bajando como un pis de hielo ante cualquier voz que hable desde arriba son iguales que cuando el muñequito.

Por la noche, de nuevo en el parque, otro señor. Tiene tres perritos diminutos: abuelo, padre e hijo. Bichos tristes que necesitan ayuda para reproducirse, para parir, para respirar. Dos de ellos llevan pajarita. Liliputienses de gala, ahogados en su propio aliento tras varios días de fiesta. Para aparearse con la Perra tendrían que treparse unos sobre otros. La abuela, madre e hija, amante de los tres, todos los cargos familiares juntos en una sola perra, murió hace dos años, le dice el señor. Se puso gorda como un tonel. No le cabía

ninguno de sus vestidos. Tenía nueve. El señor viste polo negro, pantalones cortos negros. Fuma tabaco negro. Al señor le gustan los hombres, pero nunca ha follado con uno. Quizá ni siquiera sabe que le gustan los hombres. Es eso lo que huele la Humana en esos sesenta años mal llevados, el crujido que ve en su ceño oscuro: un celo jamás agotado, amargo ya. El perro hijo se acerca a la Perra intentando lamer encaramarse multiplicarse. Al señor se le envenena el gesto.

Nerón deja a la perrita.

Nerón no la molestes.

Nerón ¿qué te estoy diciendo?

Finalmente se enfurece, el perrito casi ahogado por el tirón de correa.

Nerón DÉJALA EL CRISPI.

Hace unos meses que la Humana vive en un bajo, un piso diminuto en los edificios amarillos junto al río, esos bloques al sur de la ciudad que se construyeron hace casi cien años para alojar a los trabajadores del antiguo matadero. Frente a la que ahora es su casa paseaban medio desmayados los bebedores de sangre, enfermos que hacían cola para recibir un vaso de líquido vital aún tibio, exprimido del cuerpo recién muerto del animal. Antes vivía sola. Ahora con la Perra. Orejas puntiagudas, pelo negro. Cuando está a punto de ser guapa, le sobresale un diente de abajo. Perros sacatapas. Así

llamaba la Abuela a los chuchos mil leches, más cerca de las ratas que de los lobos, en los que la mandíbula de abajo ganaba a la de arriba. La recuerda visitando el pueblo en verano, vestida de señora de ciudad, el cardado impecable, como una Sofía Loren chaparra y arisca, ahuyentando a un grupo de perros que iba tras las tortas de manteca ocultas en el bolso, tras los dedos manchados de azúcar de la nieta blanda. Quita demonio. Quita demonio, espantando la miseria de su infancia, descalza por esas mismas calles. Los huesos de sus pies deformados, ahora en tacones bajos marrón oscuro, presionaban el cuero, como queriendo romper y salir a dar con la tierra antigua. Estos pies endemoniados que tengo. Y la parada en la fuente, a recolocar la plantilla cuando no pasara nadie. Tú no mires vuélvete. La nieta girada hacia el pueblo de adobe, imaginando los pies de la Abuela, oyendo su quejido. Endemoniados endemoniados. Sólo iban de visita tres veces cada verano, bien repartidas a lo largo de los tres meses de vacaciones. El Abuelo evadía el teatrillo social. Las dejaba con el coche en la entrada del pueblo. MILAGROS en letras negras sobre el cartel oxidado. A veces, ya enfilando la calle central, a la Abuela empezaban a temblarle los labios, los párpados. Creo yo que me está bajando el azúcar. Les echaban las tortas desmigadas a los perros y tomaban el camino hacia la ermita, rodeado de campos...